

La iglesia esposa virgen

La Iglesia es la esposa de Cristo, esposa santa, virgen e inmaculada. Y la virginidad de sus sacerdotes —nos dice el Papa— manifiesta esa unión virginal y fecunda entre Cristo y la Iglesia (n. 26).

Conviene recordar aquí que también el matrimonio cristiano —como ya lo indicó el mismo Papa más arriba— es sacramento, precisamente, por ser signo eficaz de la unión de Cristo con su Iglesia. Esto nos lleva nuevamente a considerar a la Iglesia, en su totalidad, como signo de su propia unión exclusiva con Cristo. Recién en el interior de la comunidad eclesial podemos descubrir la diversidad de testimonios.

Lo misterioso de la unión de Cristo con su Iglesia se pone de manifiesto en que es un matrimonio virginal y fecundo, como la maternidad de María. Por eso puede ser testimonio simultáneamente en los estados de vida matrimonial y célibe. Y en la presente situación histórica de la Iglesia de Occidente estima el Papa más conveniente que los presbíteros ofrezcan el testimonio de la virginidad.

"El sacerdote —nos dice el Papa citando al Concilio— dedicándose en completa libertad, más facilitada gracias a su total ofrecimiento, realiza más plenamente la unidad y la armonía de su vida sacerdotal" (n. 27). Esta afirmación no significa que el casado no pueda lograr la completa libertad cristiana. Los santos casados, al menos, la han logrado, si no se quiere ver en ellos santos de segunda categoría. Se trata, más bien, de una conveniencia: considerando, por una parte, las dificultades de la vida matrimonial para alcanzar la libertad interior evangélica, y, por otra, las dificultades que se siguen de la soledad en el celibato, prefiere el Papa, en la hora actual que los sacerdotes de rito latino se dirijan, por el camino del celibato, hacia la meta de la libertad cristiana. En esa senda los acompañará la Iglesia orante, especialmente presente en el rezo del divino oficio (n. 28).

"En el ministerio de la Eucaristía... el sacerdote se une más íntimamente a la ofrenda, poniendo sobre el altar su vida entera, que lleva las señales del holocausto" (n. 29). Esta afirmación, que nos descubre el carácter sacramental y eucarístico del celibato sacerdotal, no debe, sin embargo, hacernos olvidar que todos los fieles, participando de la celebración eucarística, llevan en sí mismos, de un modo u otro, las señales del holocausto: **"Todos los cristianos —recalca el Papa— en cuanto tales están obligados a la observancia de la castidad, según el propio estado"** (n. 31).

• RESUCITAREMOS "COMO ANGELES"

Cristo anunció que en el cielo los hombres serán como ángeles, sin mujer ni marido. De este modo, **"la continencia perfecta por el reino de los cielos constituye, precisamente, un signo particular de los bienes celestiales"** (n. 34). No dejemos de recalcar, en esta frase del Concilio citada por el Papa, el carácter de signo que asume el celibato. No se identifican simplemente estado de celibato y estado celestial definitivo. En este último la sexualidad, en cuanto instinto de reproducción, carecerá de objeto, por haberse completado el número de los elegidos, aunque quizá adquiera un nuevo sentido en cuanto a la complementariedad de la persona humana, si admitimos que la estructura bisexuada hunde su raíz en la esencia misma del hombre. La afectividad humana, necesariamente masculina o femenina, trascendería, entonces, la condición histórica procreativa, para proyectarse hacia la comunidad definitiva, rescatando, del amor matrimonial los valores y las actitudes personales más íntimas.

Para el actual hombre célibe, en cambio, la sexualidad no carece de sentido ni desde el punto de vista afectivo ni desde una perspectiva puramente biológica. De allí que su respuesta, aunque pueda ser consagrada de una vez para siempre con votos solemnes, debe encarnarse día a día en una altitud siempre renovada. Vida célibe y vida celestial no son estados equivalentes. Y también es signo el celibato desde otro punto de vista, en cuanto que su carácter de signo es compartido por el matrimonio. La Iglesia es la esposa que aguarda el fin de los tiempos para reunirse con Cristo. El reino celestial, es por tanto, un banquete nupcial —así lo vivieron los místicos— cuya prefiguración se nos ofrece en el banquete eucarístico. Y el matrimonio mismo, al significar la Nueva Alianza, tiende hacia la eucaristía, que es el Cáliz de la Nueva y Eterna Alianza, realizada con sangre, es decir con amor.

• CELIBATO Y MATRIMONIO

Podríamos concluir entonces que celibato y matrimonio se implican mutuamente en el orden significativo. Ninguno de ellos puede ser ofrecido como signo de las realidades escatológicas o finales si no es en vinculación con el otro. Y sólo en relación a determinados aspectos puede decirse que uno de ellos es más significativo que el otro. El celibato anuncia que la estructura